

LA DISOLUCION EN EL TODO

Casi toda su feliz infancia transcurre frente al mar, «¡un corazón de dios sin muerte, late!», y su larga vida tiene mucho de elemento tan vital del mundo natural: tumultuoso, bravío, irregular, ansioso, en sus contornos, en sus extremidades, en sus superficies, pero sereno, igual a sí mismo, en su fondo, en su centro. Aleixandre participa en el mundo desde su poesía, una obra que es en sí misma un universo, un instrumento indispensable en su deseo de disolverse en el todo. Apelando al lenguaje psicoanalítico, se puede decir que Aleixandre quiere ser un ello, obediente al inexorable principio del placer. Aspira, sin desesperación, a fundirse con ese mundo exterior, que intenta dividirlo, agredirlo. Aspira místicamente a un cuerpo mineral: «Soy piedra, pues que existo.» Ante la imposibilidad, dramática y cierta, de participar en el mundo de una manera absoluta, intenta acercarse a él y ser parte de él a través de una ósmosis regida por una ética exigente, que no admite dualidades. Por eso, para Vicente Aleixandre, el amor, la vida, la muerte, el dolor, son pétalos de una misma flor, o formas de ser que conducen a la eternidad.

Herida por los abismos que pueblan el mundo, su poesía es un repetido intento de unificación; «todo es uno y lo mismo». Y este deseo, tan intenso, tan internalizado, no puede extrañar ya que se trata de un hombre nacido en una España signada por las más profundas desgarraduras. Aleixandre no puede ni quiere tomar partido por una de las dos Españas contra la otra. No cree en este tipo de enfrentamiento. Sabe que son pasajeros. Por eso asumirá la difícil tarea de quedarse cuando los amigos deben marcharse, y esperará con humildad la llegada inevitable de las nuevas generaciones. Hay en Aleixandre una actitud diametralmente opuesta a la de una Penélope. El esperó, y tejó, silenciosamente, pues sabía que del seno de ese torturado mundo que lo rodeaba surgiría la continuidad, la cicatrización, y algo más, la esperanza. Renunció, si así puede decirse, a ser el poeta del exilio, de la resistencia, o de la colaboración y del conformismo, para ser el poeta y el maestro de aquellos que vendrían a continuación de tan grave fractura. Símbolo, faro, rescoldo,

unidad, sabía que a una ola le sucede otra, indefinidamente, y que cada ola es la misma. Esperó, y su obra fue el puente, el tejido que daría calor, abrigo, punto de apoyo. Su heroísmo, así debe ser llamado, fue silencioso, oscuro, signado por el estoicismo. Ansioso de disolverse en el todo, dudó siempre de las «verdades definitivas». Para él, «no es camino: llegada. Pues quien duda es quien llega».

Se quedó solo, frente a las estrellas, como un hombre topo. «El agujero de mi pecho alienta como brutal error. Pienso, no hablo. Siento.» Oye el movimiento de la tierra, está atento a sus gemidos. Supo esperar. Vida y obra aparecen en la calle de la reconciliación. Eligió la soledad cotidiana, pues quiere abarcar el universo como algo que puede estrecharse entre las manos. Esperó sabiendo que el tiempo es justo, que el tiempo es inexorable.

Para Aleixandre, «amar es conocer. Quien vive sabe... Quien mira ve. Quien calla ya ha vivido. Saber es conocer. Poeta claro. Poeta duro. Poeta real. Luz, mineral y hombre: todo, y solo. Como el mundo está solo, y él nos integra». Rechaza esquemas y estructuras. Aquello que limita le da vértigo.

Adversario del «salto en el vacío», recibe a los jóvenes poetas que surgen después de la guerra, sin fórmulas rígidas, sin recetas. Será maestro, o testigo, pero renunciará a ser jefe. Y cuando su poesía se interna por nuevos caminos, no intenta conmover cimientos, «ni se han agrietado los muros de este edificio» (escribe Dámaso Alonso con motivo del ingreso del poeta a la Real Academia Española).

Para Aleixandre la poesía, más que una manifestación artística, es un latir humano, es algo que surge de la vida misma de los seres humanos: «... el poeta sólo muere cuando muere el hombre. Y entonces vive, para siempre, su poesía». En *Para quién escribo* dice:

*¿Para quién escribo?, me preguntaba el cronista, el periodista
o simplemente el curioso.
No escribo para el señor de la estirada chaqueta, ni para su
bigote enfadado, ni siquiera para su alzado índice admonitorio
entre las tristes ondas de música.
Tampoco para el carruaje, ni para su ocultada señora (entre
vidrios, como un rayo frío, el brillo de los impertinentes).
Escribo acaso para los que no me leen. Esa mujer que corre
por la calle como si fuera a abrir las puertas a la aurora.
O ese viejo que se aduerme en el banco de esa plaza chiquita,
mientras el sol poniente con amor le toma, le rodea y le deslíe
suavemente en sus luces.
Para todos los que no me leen, los que no se cuidan de mí,
pero de mí se cuidan (aunque me ignoren).
Esa niña que al pasar me mira, compañera de mi aventura,
viviendo en el mundo.*

Autocrítico, respetuoso de esta manera de expresar y de vivir la vida, escribirá poemas recién a los veintiocho años. La descubre en Las Navas del Marqués, a través del gran amigo, Dámaso Alonso. La poesía crecerá en él, con él. Es una melodía, un rumor marino, una sangre tibia, que se va apoderando de su vida. Y una vez envuelto en ella, abrazados como dos bailarines, se convierte en ella misma. No hay *distancia* entre Aleixandre y la poesía. A Dámaso Alonso le dice: «... sabes que soy el poeta o uno de los poetas en quienes más influye la vida. Siento en mí una especie de leonina fuerza inaplicada, un amor del mundo que a mí, hombre en reposo, me hace sufrir o me exalta».

En Aleixandre la poesía no es una musa, es el latir de su corazón, es su respiración, como una transpiración. La considera como una servidumbre y, a veces, como una salida a la única libertad. Piensa que si alguna vez no la necesitara pudiera ser esa otra realidad su única liberación. Cauteloso, sencillo, escribe que no sabe lo que es la poesía y que desconfía «de todo juicio de poeta sobre lo siempre inexplicable». Renuncia a definir qué es la poesía, pues para él la poesía es la vida misma, y no se siente dios.

Es un hombre que siente piedad y admiración por la condición humana. Se conmueve ante la angustia «del hombre elementalmente y esencialmente situado en medio del caos de las fuerzas brutales, de las que —si hostilmente le derriban— no se siente distinto. Es la angustia del hombre físicamente desnudo, desamparado, absurdo». Teme ante el dolor que produce saberse igual que aquel a quien se quiere destruir, lo que implica, inconscientemente, la aceptación del deseo de la autodestrucción. Como Borges, en *Las ruinas circulares*, cuando el inventor de otro hombre, el que soñó y dio vida con sus sueños, la vida de otro, se enfrenta a la muerte: «caminó contra los jirones de fuego. Estos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo». Aleixandre, como un oráculo de la antigüedad, parece intuir que será de la especie humana, y de allí brota un silencioso río de ternura para con ella. De allí que Dámaso Alonso, cuando reflexiona sobre su obra, subraya: «Todo el dolor del mundo pesando plúmbeamente sobre el dolor de una vida...»

En *No existe el hombre* afirma que «sólo la luna sospecha la verdad. Y es que el hombre no existe... Pero el hombre no existe. Nunca ha existido, nunca. Pero el hombre no vive, como no vive el día. Pero la luna inventa sus metales furiosos.» El hombre como proceso hacia esa vida definitiva que es la muerte, que en el código de Aleixandre

significa acceder a una vida definitiva, cósmica. Por eso esa sonrisa amable ante las pasiones humanas, ante sus proyectos más ambiciosos, ante sus esfuerzos por tal o cual verdad.

Aleixandre se sumerge silencioso en el mar de sus vivencias. Mar en el mar. Lector de Freud, cuando el gran público no sabía de él, aprende que el material onírico no se inspira en la presencia misteriosa de fantasmas o de musas. Rechaza la llamada escritura automática. En él no hay un «ininterrumpido fluir de palabras» (Pedro Salinas). Tampoco hay en él una «sensibilidad acaso enfermiza». Su lenguaje puede resultar a veces desconcertante, pero si es así es porque expresa la realidad de un mundo no menos desconcertante. Disciplinado como un monje en la ermita, parecido a esos sacerdotes orientales reconcentrados y estáticos, penetra con su poesía—su instrumento, su único instrumento—en la realidad para conocerla, comprenderla y para ser ella misma. Para conocer la flor no dice que es roja y de cuatro pétalos. Intenta ser la flor misma. La realidad, un espejo, y es él, es la imagen del espejo.

El surrealismo fue para él «una invitación al riesgo de la libertad imaginativa». Corrió riesgos formales, pero así pudo expresar la realidad asumida de los territorios conocidos. No renuncia a la lógica intelectual, pero obliga a su inteligencia a detenerse en las zonas más oscuras. No nos asombra ese poema en donde dice que «la oscuridad es toda ella verdad, sin incidentes que la desmientan. Aquí viví y he muerto: conocer es amar...».

En Aleixandre el mundo es sentido como «fuerza creadora que tiende a su unidad, a su fusión». Su aparente indiferencia ante los acontecimientos que sacuden el mundo contemporáneo se explica cuando se descubre que busca apasionadamente una unidad total, sin fisuras, en donde paz, vida y muerte se confunden, en donde Eros y Thanatos se suceden sin enfrentamientos. Aleixandre no logra establecer límites. No puede ser el poeta de tal generación, de tal país. Su límite es el límite. Al menos ese es su deseo, su propósito. Su amor no parece concretarse, pues se disuelve en un todo abstracto difícil de definir. Su vuelo se transforma en el vuelo mismo. Es el mismo en la medida que no es nadie.

En Aleixandre se siente el «sol que bajo la tierra pugna por quebrantarla como un brazo solísimo que al fin entreabre su cárcel y se eleva clamando mientras las aves huyen». En su afán y necesidad de fundirse con la realidad, con ser la realidad misma, es «el caballo que enciende su crin contra el pelado viento. Soy el león torturado por su propia melena, la gacela que teme el río indiferente, el avasallador tigre que despuebla la selva, el diminuto escarabajo que tam-